

SAN LÁZARO, OBISPO Y MÁRTIR

DÍA 17 DE DICIEMBRE

P. Juan Croisset, S.J.

San Lázaro, aquel hombre milagroso, á quien Jesucristo llama su amigo, á quien este divino Salvador amaba con una ternura que era conocida de todo el mundo, era natural de Betania, que era una aldea distante tres leguas de Jerusalén, residencia ordinaria de su familia, muy distinguida entre los judíos del país, ya fuese por los grandes bienes que poseía, ya por su nobleza y por su antigüedad. San Antonio dice que su padre se llamaba Siró y su madre Eucaria, los cuales tuvieron tres hijos: Lázaro, que era el primogénito, y dos hijas, Marta y María. Habiendo muerto el padre y la madre, los hijos dividieron los bienes entre sí. Se dijo en la *Vida* de Santa Magdalena que Lázaro y Marta heredaron lo que tenían en Betania y alrededor de Jerusalén, y que las tierras y el castillo de Mágdalo ó Magdelón, que estaban en Galilea, fueron la herencia de María.

No se sabe á punto fijo el tiempo en que esta afortunada familia tuvo la dicha de conocer á Jesucristo por el Mesías tan ardientemente deseado y por tanto tiempo esperado; ni tampoco cuándo empezaron á seguirle. Es muy probable que fuese una de las primeras de Judea que descubrió este tesoro escondido, y que Lázaro tenia una vida tan regular según la ley, de quien, á causa de la pureza de sus costumbres, se podía decir lo que el Salvador dijo de Natael, que era un verdadero israelita, en que no había dolo ni doblez; es probable, digo, que Lázaro, que era un hombre de bien y temeroso de Dios, y esperaba la consolación de Israel, apenas

hubo oído hablar del Salvador, ó apenas le hubo visto, cuando se hizo su discípulo.

Marta, que era una doncella muy ejemplar, siguió bien pronto el ejemplo y los consejos de su hermano; y si María no tuvo tan pronto parte en la misma dicha, reparó bien esta pérdida por su extremado amor y por la rigurosa penitencia, de que fue pasmoso ejemplo en adelante.

Las instrucciones del Salvador hicieron maravillosas presiones en el corazón y en el espíritu de Lázaro. Encontrando esta divina palabra una tierra tan bien preparada, es decir, un alma casta y un corazón noble y generoso, produjo abundantísimos frutos. Derramando el Hijo de Dios con abundancia sus gracias sobre el hermano y la hermana, los hizo bien pronto dignos de su benevolencia y cariño. Nunca pasó por Betania que no se hospedara en casa de este discípulo privilegiado. Las conversaciones que tenía con el Salvador encendieron en su corazón un amor para con Él de los más ardientes y más tiernos. La castidad que hizo á San Juan el discípulo amado, hacía á San Lázaro el amigo de corazón, sin que esta predilección del Salvador causase los menores celos entre los discípulos, ganando y previniendo á todo el mundo en su favor la mansedumbre, la humildad y la modestia de nuestro Santo. Su casa servía de retiro al Salvador cuando predicaba en las inmediaciones; en la cual tomaba alimento, y dormía por la noche. El hermano y la hermana eran demasiado estimados del Salvador para no alcanzar la conversión de María, su hermana menor. Como ésta moraba en el castillo de Magdelón en Galilea, no se había aprovechado de las visitas de Jesucristo; por otra parte, su vida licenciosa era un grande obstáculo para que la gracia obrase en su corazón; pero las oraciones de Lázaro y de Marta consiguieron la conversión de una pecadora en cuya

salvación eran tan interesados. El hijo de Dios oyó favorablemente sus afectuosas plegarias; y predicando en Betsaida y en Cafarnaum, pueblos vecinos al castillo de Magdelón, fue María á oírle, y se convirtió. Se sabe la generosidad y el ruido con que ella misma publicó su conversión, que fue una de las más insignes conquistas de la gracia; la amistad que tenía el Salvador con Lázaro fue causa de la dicha de su hermana; la que desde aquel punto dejó su tierra de Magdelón para vivir en la casa de sus padres, donde tenía la dicha de ver más á menudo al Salvador y aprovecharse de sus santas instrucciones.

Hacia los principios del año 30 de Jesucristo cayó Lázaro peligrosamente enfermo en Betania. Sus dos hermanas, sobresaltadas á vista del peligro, enviaron á decir al Salvador la enfermedad de su hermano en estas pocas palabras: *Señor, mirad que el que amáis está enfermo.* Jesucristo se contentó con responderlas, por el mismo mensajero, que la enfermedad de su hermano no debía darlas cuidado, que no moriría de ella absolutamente, y que Dios quería ser glorificado en ella; y que, con motivo de esta enfermedad, glorificaría el Señor maravillosamente á su Hijo. Esta respuesta serenó por algún tiempo á las dos hermanas; pero se sorprendieron mucho al ver qué la enfermedad se aumentaba, y que no venía el soberano Médico. En efecto, el Salvador permaneció todavía dos días en el lugar donde estaba, y no partió hasta que conoció que su amigo había muerto. Entonces dijo á sus discípulos: «Volvamos á Judea». Ellos le respondieron al punto: «Señor, ¿cómo te atreves á volver tan pronto á un país donde ha poco tiempo te querían apedrear?—Nuestro amigo Lázaro duerme, replicó el Salvador, y quiero ir á despertarle». No comprendiendo los discípulos su pensamiento, le dijeron: «Si duerme, es buena señal; él escapará de esta enfermedad»; imaginándose que hablaba del sueño ordinario, tan saludable á los enfer-

mos; pero Jesucristo hablaba de la muerte de Lázaro. Entonces les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto, y me alegro de no haberme encontrado en su casa antes que muriera, por tener ocasión de afirmaros en la fe con el más estupendo milagro, de que vais á ser testigos: vamos á verle». Partió, pues, Jesús con sus discípulos para Betania, y afectó que no iba sino á cortas jornadas. Luego que estuvo cerca le vinieron á decir que Lázaro había ya muerto, y que hacía ya cuatro días que estaba enterrado. Como Betania estaba cerca de Jerusalén, habían venido muchas personas de los alrededores á consolar á Marta y á María, y á llorar con ellas la muerte de su hermano. Pero ellas esperaban de otra parte su consuelo; sólo Jesús podía enjugar sus lágrimas. En efecto, luego que supo Marta que venía, dejó prontamente á su hermana y á toda la visita para ir á presentarse; y, al punto que le vio, le dijo llorando: «Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero, con todo, no desespero de verle resucitado.—Tu hermano resucitará, le dijo Jesús.— Sé, replicó Marta, que resucitará en el último día, cuando se obre la resurrección general.— ¿No sabes, le dijo el Salvador, que Yo soy la resurrección y la vida? ¿Dónde está tu fe?» Ella, sin replicar, se fue corriendo á casa á avisar á su hermana la llegada de su divino Maestro, diciéndola al oído que había llegado Jesús. María se levantó al punto, y le fue á encontrar. Viéndola partir con tanta precipitación los que habían ido á visitarla, la siguieron, creyendo que iba á llorar sobre la sepultura de su hermano. María encontró al Señor fuera del lugar, y, arrojándose á sus pies, le dijo: «¡Ah, Señor!, ¿dónde habéis estado? ¡Qué falta nos habéis hecho! Si hubierais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano». Dichas estas palabras, empezó á llorar, y los judíos que la acompañaban tampoco pudieron contener sus lágrimas.

Este triste espectáculo enterneció al Salvador de

modo, que la emoción de su corazón se manifestó en el rostro. «¿Dónde le habéis enterrado?, les dijo, queriendo con esta pregunta excitar más su fe y su confianza.— Venid, Señor, respondieron las dos hermanas, venid á ver dónde está enterrado». A estas palabras no pudo el Salvador contener sus lágrimas. Lo cual hizo decir á los judíos: «Mirad cómo le amaba»; y aun hubo algunos que dijeron: «Este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, y que hizo tantos milagros, ¿no podía haber hecho que Lázaro no muriese?» Fue, pues, Jesús al sepulcro, que era una caverna en una roca cubierta con una gran piedra. Su ternura le hizo prorrumpir en algunos suspiros; luego mandó que se quitara la piedra que cubría la sepultura. A este tiempo le dijo Marta que había ya cuatro días que estaba enterrado, y que no podía dejar de oler mal; á lo que respondió el Señor: «No temas. ¿No te he dicho ya que si tienes fe verás la gloria de Dios?» Se quitó, pues, la piedra; y entonces Jesucristo, levantando los ojos al Cielo, dijo: «Padre, gracias os doy porque me habéis oído; pues aunque sé muy bien que siempre me oís, más he dicho esto por los que están aquí presentes, para que crean que Vos me habéis enviado, y para que su fe se avive y aumente». Después de estas palabras dijo en voz muy alta: «Lázaro, sal del sepulcro». Esta palabra volvió la vida y el movimiento al difunto, el cual se levantó, salió y empezó á andar; pero como todavía tenía atados los pies y las manos con las vendas, y el rostro cubierto con el sudario con que había sido enterrado, mandó Jesús que le desataran y le quitaran el sudario. Un milagro tan portentoso llenó de admiración á todos los que se hallaban presentes; los cuales levantaron las manos al Cielo, exclamando cada uno: «Este es el verdadero hijo de Dios; Este es el Mesías prometido á los hombres». La fama de este prodigio llegó bien pronto á Jerusalén, y se extendió por toda la Judea con tanta mayor publicidad, cuanto Lázaro era hombre de representación, y muy conocido en toda la provincia.

Su muerte había hecho mucho ruido, pero su resurrección dio todavía más golpe. De todos los alrededores venían las gentes en tropas á ver esta prueba sensible de la venida del Mesías. No se hablaba en todas partes de este nuevo Profeta sino con admiración, y todo el mundo empezó á creer en Él; lo cual excitó todavía más contra Él el odio de los escribas y fariseos.

Después de este gran milagro, queriendo el Salvador evadirse de la multitud de gentes que acudían á Él todos los días, se retiró con sus discípulos á Efrén, ciudad inmediata al desierto de Judea. Pero seis días antes de la última Pascua que celebró con sus discípulos, queriendo acercarse á Jerusalén, volvió á Betania, donde fue convidado á comer por uno de los más ricos vecinos, llamado Simón. Lázaro fue uno de los convidados más distinguidos al convite; y, como se hubiese esparcido por todo el país la llegada del Salvador á Betania, fueron á esta ciudad muchos judíos, no sólo por tener la satisfacción de oír á Jesucristo, sino también por ver á Lázaro con sus propios ojos. Este hombre, vuelto del otro mundo, era un predicador que, sin hablar palabra, daba á conocer á todo el pueblo el poder y la santidad del que le había dado segunda vez la vida. Sola su presencia daba tanto golpe en el corazón de muchas personas, que, convencidas de la verdad, renunciaban y se desengañaban de los errores de los saduceos, y daban de mano á las supersticiones judaicas. Nuestro Santo, que era uno de los más fieles y más celosos discípulos de Jesucristo, no contribuía poco á estas conversiones con sus exhortaciones y su presencia.

Los príncipes de los sacerdotes concibieron tanta rabia contra Lázaro, que mirándole desde entonces como su enemigo, porque era el mayor amigo del Salvador, resolvieron deshacerse de él. Sin duda hubieran ejecutado su pernicioso designio, si no hubiesen temido

dar al Salvador ocasión de hacer un nuevo milagro que los confundiera y abochornara más. Creyeron que era menester comenzar por hacer morir al que había resucitado á Lázaro; y esto es lo que ejecutaron pocos días después.

El Evangelio no nos dice nada más de nuestro Santo. Es cierto que entre todos los discípulos de Jesucristo fue San Lázaro uno de los que tuvieron más parte así en las humillaciones como en su gloria. La ternura con que el Salvador le amaba, y el amor que nuestro Santo tenía al Salvador; el insigne beneficio que había recibido de Él, y su fidelidad constante en seguirle, le hicieron muy sensible á los dolores é ignominias de su muerte, como también á la gloria de su triunfo. Amándole San Lázaro tan extremadamente, no se duda que sería uno de los testigos ordinarios de sus apariciones, después de su resurrección, y que recibiría el Espíritu Santo con los apóstoles y demás discípulos el día de Pentecostés. Habiendo el furor de los judíos contra los discípulos de Jesucristo hecho morir á San Esteban, el primer mártir, se excitó una furiosa persecución contra todos los fieles, en la que fueron arrojados de Jerusalén, y la mayor parte precisados á salir de la Judea; pero la rabia de los príncipes de los sacerdotes, y de todos los que ocupaban los primeros puestos entre los judíos, descargó con más particularidad contra Lázaro y su familia. Ninguna cosa los confundía más, ni probaba más invenciblemente que habían quitado la vida al Mesías, al verdadero Hijo de Dios, que este hombre resucitado, mientras estuviese en vida. El hacerle morir era un delito que manifestaba su injusticia y su impiedad. Era Lázaro un hombre irreprochable en sus costumbres, que no podía tener otro delito que el de ser amigo de Jesucristo, y haber sido resucitado por medio del más insigne milagro. Dejarle en la Judea era dejar una prueba viva de la divinidad del Salvador, y de su horrendo deicidio; y así tomaron el

partido de hacer desaparecer á Lázaro y á sus hermanas, que durante la sublevación del pueblo de Jerusalén contra los fieles se habían retirado á Jope, hoy Jaffa, ciudad marítima, distante seis ó siete leguas de Jerusalén; y habiéndolos metido en una nave muy maltratada, sin timón, sin mástiles, sin pertrechos, con todos los fieles que se encontraron con ellos, los expusieron de esta suerte á un evidente naufragio. Esto nos dicen muchos antiguos manuscritos, fundados en una antigua y piadosa tradición, como se dijo en la historia de la vida de Santa Magdalena y de Santa Marta.

La divina Providencia, que saca siempre su gloria de los designios más siniestros y más malignos de los enemigos de Jesucristo, permitió que esta nave aportase dichosamente á las costas de Marsella. Esta maravilla aturdió á aquellos pueblos gentiles, naturalmente corteses y tratables, y dispuso los espíritus para oír á unas gentes á quienes protegía el Cielo de una manera tan visible. No se duda que los Apóstoles consagraron Obispos á la mayor parte de los discípulos de Jesucristo, antes de esparcirse por el Universo, y sobre todo á Lázaro, como que era el más ilustre y más privilegiado de todos los discípulos. Luego que esta santa colonia de héroes cristianos desembarcó, anunciaron la fe de Jesucristo en aquella célebre ciudad, que después de Roma era de las más considerables del mundo seiscientos años había. San Lázaro, que sabía bien que Dios le había destinado para ser apóstol de ella y su primer pastor, dio desde luego muestras de su celo. Marsella era á la sazón muy célebre, no sólo por su antigüedad, sino también por sus victorias, por la alianza con los romanos y por su Academia. Las ciencias y las artes florecían en ella, y había un gran número de personas hábiles á quienes se confiaba la educación de la juventud de todas las Galias, y aun de Roma; lo que adquirió á Marsella el nombre de ciudad de las ciencias,

y á los antiguos marsellanos la gloria de haber civilizado á casi toda la Galia, y haber aumentado y dado lustre á la religión. A esta ilustre ciudad fue á quien dio el Señor por primer Obispo á San Lázaro, su grande amigo. El buen acogimiento que hacían á los extranjeros en ella dio á nuestro Santo toda la libertad de anunciar á sus habitantes las divinas verdades del Evangelio: oyéronle con gusto al principio, y muy pronto con admiración. Un aire noble y agraciado; unos modales suaves, afables y corteses; una religión tan pura, tan santa, tan racional; una moral que, ordenando el corazón y el entendimiento, rectificaba la razón; una doctrina sostenida y confirmada con toda clase de milagros; todo esto hizo triunfar muy en breve la fe de Jesucristo, y convertirse á ella un prodigioso número de personas. San Lázaro veía aumentarse todos los días su rebaño; su maravilloso celo consiguió que en menos de un año se levantase la religión cristiana, y se fundase en todas partes sobre las ruinas del paganismo. Se vio cuánto contribuyeron á esta milagrosa obra Santa Magdalena y Santa Marta con sus palabras y sus ejemplos. El célebre templo de Diana, convertido con el tiempo en iglesia con el título de Nuestra Señora la Mayor, que es la catedral, es un augusto monumento de este insigne triunfo del Cristianismo sobre los paganos, y del prodigioso celo de San Lázaro. En el siglo iv se creía que tenía ya treinta años cuando fue resucitado, y las actas de la Iglesia de Marsella le dan treinta años de obispado, durante los cuales el santo obispo hizo un prodigioso número de conversiones, derribó muchos templos dedicados á los falsos dioses, é hizo pedazos una pasmosa multitud de ídolos.

Se cree que fue en el imperio de Vespasiano cuando el procónsul que había sido enviado á Marsella por gobernador, infatuado de las supersticiones paganas, solicitado por los sacerdotes de los ídolos, rabiosos por

ver su reputación y sus rentas reducidas á nada, después que San Lázaro convirtió á la fe de Jesucristo una parte de la ciudad, mandó prender al santo obispo y, habiéndole hecho comparecer ante su tribunal, le echó en cara con un tono áspero todo lo que había hecho contra la religión y el culto de los dioses del imperio. Después, con un aire colérico y dominante, le dijo: « **Es preciso, ó que sacrifiques á nuestros dioses, ó que pierdas la vida entre los mayores suplicios. — Por lo que mira al sacrificio, respondió el Santo, no puedo ofrecerle sino al verdadero Dios; y tú, señor, tienes demasiadas luces para no ver que lo que llamas tus dioses no merecen sacrificios. Por lo que atañe al último suplicio con que me amenazas, sé que no me puede suceder cosa más dulce ni más gloriosa que el dar la vida por Aquel que me la volvió á dar á mí después de haberla perdido, y que se dignó morir por mí para que yo viva eternamente**». El prefecto, irritado con esta generosa respuesta, le hizo despedazar con látigos armados de puntas de hierro, con tanta crueldad que su cuerpo quedó hecho una sola llaga. Acabado este cruel suplicio, le encerraron en un horrible calabozo; se creyó que este tormento le hubiera hecho negar la fe; pero, habiéndole preguntado de nuevo el prefecto si permanecía todavía en su creencia, y habiéndole encontrado siempre más inflexible, le hizo atar á un poste y atravesarle de una multitud de flechas; pero Dios le conservó la vida en medio de este suplicio. Cada llaga, dicen las actas de su martirio, era una boca que publicaba la gloria y el poder de su Dios. Le aplicaron después sobre todo el cuerpo láminas de hierro hechas ascua; el tormento era espantoso, pero la constancia del Santo no disminuyó ni aflojó un punto. Finalmente, corrido el juez de verse vencido de la paciencia heroica del Santo, mandó que le cortaran la cabeza, lo que se ejecutó el 17 de Diciembre del año 72 de nuestro Señor Jesucristo, á los setenta y tres de su edad y treinta de su obispado. Su cuerpo fue

enterrado por los cristianos en una cueva con los ornamentos pontificales de que se servía en la celebración de los divinos misterios. Se ve todavía el horrible calabozo donde fue enterrado en el célebre monasterio de religiosas de San Benito, llamado San Salvador, delante del cual está la plaza donde le cortaron la cabeza.

Se guarda con mucha veneración en la iglesia catedral de Marsella la cabeza de San Lázaro en un relicario de plata sobredorada, que pasa por el más rico y de más bello gusto que hay en Francia. Se asegura que el año 957, el resto de sus reliquias se llevó á Autun por el obispo Vivaldo, en el reinado de Lotario, rey de Francia. Lo cierto es que se conserva en Marsella, en la misma caja donde está esta preciosa cabeza, un escrito muy antiguo, hecho por un sacerdote que parece haber sido sacristán de esta iglesia, y firmado por dos testigos, en que afirman que, habiendo sabido querían llevarse el cuerpo de San Lázaro, el sacerdote había quitado secretamente la cabeza y había sustituido otra en su lugar. Este escrito, que se leyó durante la visita de la catedral que hizo Mons. Guillermo de Veintimilia de Luco, entonces Obispo de Marsella y después Arzobispo de París, tiene todas las señales de autenticidad que se pueden desear en uno de los más antiguos testimonios. Habiendo sido el obispado de Marsella bajo San Lázaro, su primer Obispo, la Silla más antigua, debiera ser, al parecer, uno de los primeros de las Galias, si la Iglesia no hubiera seguido, por decirlo así, en la economía y distribución de las Sillas episcopales, el orden y distribución de la magistratura romana. **San Lázaro ha tenido ilustres sucesores, entre los cuales se cuentan veintiuno reconocidos por santos.** Las crueles persecuciones contra los fieles que dieron á la Iglesia tantos millones de mártires desde el año 180 hasta el 306, han hecho perder el nombre de un gran número de ilustres prelados que

gobernaron esta Iglesia durante aquel largo intervalo. Sin embargo, se cuentan ciento y seis grandes Obispos, que nos son conocidos, desde San Lázaro hasta Monseñor Enrique Francisco Javier de Belsunce de Castel Morón, uno de los más brillantes ornamentos del obispado, no tanto por la nobleza y fama de su nombre, cuanto por su celo ardiente por la religión, por la efusión generosa de su inagotable caridad, por su eminente ciencia y por la tierna piedad con que edificó á toda la Iglesia.

La Misa que se dice en honra de San Lázaro es del común de pontífice mártir, y la oración la que sigue:

i Oh Dios, que después de haber resucitado á San Lázaro, discípulo de Jesucristo, muerto y enterrado cuatro días había, le honraste con el obispado y el martirio! Concédenos, por sus méritos, que resucitemos de nuestros pecados, y gocemos de la vida eterna. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, etc.